

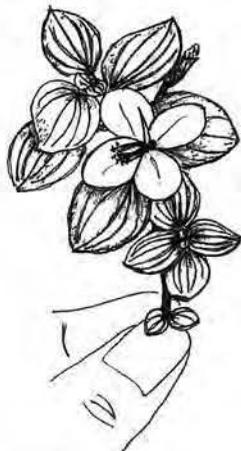
Menocchio en el Sumapaz

Juan de la Cruz Varela.
*Sociedad y política en la región
de Sumapaz (1902-1984)*

ROCÍO LONDOÑO BOTERO

Universidad Nacional de Colombia,
Facultad de Ciencias Humanas,
Departamento de Historia, Bogotá,
2012, 741 págs. + 1 CD

JUAN DE la Cruz Varela es una figura legendaria del movimiento campesino colombiano, por su papel como dirigente agrario en la región del Sumapaz. Ejerció un importante papel de liderazgo en algunos procesos de colonización y durante la resistencia campesina en la época de la Violencia y el Frente Nacional. Fue concejal y diputado agrario, y un miembro destacado del Partido Comunista. Obtuvo reconocimiento de movimientos sociales nacionales y latinoamericanos, pero también fue duramente perseguido por su posición política. Por ello, no sorprende el interés de los historiadores en este personaje y en el movimiento agrario del Sumapaz, como lo corrobora la importante producción sobre el tema que se ha elaborado desde finales del decenio de 1970 y que se ha renovado en los últimos años con los trabajos de Laura Varela y Yuri Romero. A esta línea de investigación viene a contribuir el libro de Rocío Londoño, *Juan de la Cruz Varela. Sociedad y política en la región de Sumapaz (1902-1984)*, del cual nos ocupamos en esta reseña.



Antes de avanzar en el contenido de la obra, conviene precisar de ante-

mano que el libro reseñado no es una biografía del líder agrario, ni un análisis diacrónico de la trayectoria de los agrarios del Sumapaz, como se pudiera inferir de la introducción (pág. 24). Estos dos aspectos cobran importancia en forma alternativa en los diferentes capítulos del libro y junto con el tema de la política (entendida como la participación política de los agrarios y la confrontación electoral bipartidista por el control de la región), constituyen los tres ejes del trabajo.

La pretensión expresada por la autora, de que el relato autobiográfico de Juan de la Cruz Varela sirviera de eje articulador de todo el libro, apenas se logra de manera parcial y, tras la lectura general de la obra, puede quedar la sensación de que hay vacíos y líneas que no se desarrollan. Esto ocurre porque a medida que la narración avanza en el tiempo, el relato se desplaza de lo biográfico, al movimiento campesino, luego analiza la Violencia y las rivalidades políticas durante el Frente Nacional. No obstante, en su conjunto, el trabajo aporta una mirada global sobre la historia social y política del Sumapaz en el siglo XX.

El libro se divide en diecinueve capítulos, agrupados en cuatro grandes partes. La primera narra la migración de la familia Varela de Ráquira (Boyacá) al alto Sumapaz, así como la infancia y juventud de Juan de la Cruz, hasta 1928, aproximadamente. Esta es la sección más interesante, tanto en lo metodológico, como en los aportes que hace al conocimiento del mundo campesino colombiano a comienzos del siglo XX. Rocío Londoño encuentra en Varela una especie de Menocchio (en alusión al molinero friulano protagonista del notable trabajo de Carlo Ginzburg, *El queso y los gusanos. El cosmos, según un molinero del siglo XVI*, Barcelona, Muchnik Editores, 1981) y mediante un agudo análisis del relato autobiográfico del líder agrario va dando cuenta de aspectos como su imaginario religioso, el microcosmos de las haciendas del alto Sumapaz en el periodo inmediatamente posterior a la guerra de los Mil Días, y las lecturas que marcaron la formación —en su mayor parte autodidacta— de Varela.

Londoño traza un continuo ir y venir entre los testimonios de Varela y los contextos históricos que permiten crear marcos adecuados de interpretación a sus palabras. Aunque en algunas ocasiones —como en la reconstrucción de la conquista y repartimiento de los indios de Ráquira—, pareciera que el análisis se desplaza cronológicamente a tal punto que se desconecta del relato oral, en la mayoría de los casos se logra un adecuado equilibrio entre este y los contextos socioculturales, sin forzar las relaciones o caer en la sobreinterpretación, tan común en el análisis textual.



Aunque el capítulo sobre las mujeres, titulado “Evidalia Acosta y Rosa Mora”, se encuentra en la tercera parte del trabajo, por su metodología y resultados tiene mayor relación con la primera parte del libro. A partir de entrevistas hechas a personajes femeninos de la familia Varela, la autora realiza una interesante aproximación a la vida de las mujeres en las haciendas y analiza su contribución a las luchas agrarias. Devela el machismo predominante entre los campesinos y cuestiona el mito —reproducido entre otros por el mismo Juan de la Cruz— de que las mujeres no se interesaban por cuestiones políticas y su aporte en ese sentido era mínimo.

En las siguientes secciones del libro el relato autobiográfico pierde protagonismo e incluso la actuación de Varela durante ciertos periodos queda difusa. El enfoque cambia de manera notoria y si en la primera sección se partía de la voz del protagonista para reconstruir el contexto histórico, en las otras partes se procede al revés. El análisis se centra en la

reconstrucción de los procesos sociales y políticos de la región, mediante la consulta de archivos oficiales, prensa, estadísticas electorales y testimonios, entre otros.



No es muy claro si dicha estructura obedece a una elección hecha de antemano por la autora, pero con seguridad también pesaron las limitaciones de las fuentes. En efecto, aunque Londoño hizo una revisión documental bastante exhaustiva, muchos aspectos de la vida pública de Varela no logran abordarse en profundidad; por ejemplo, sus actuaciones como concejal o diputado. Mencionamos este caso porque es absurdo que los archivos de los concejos municipales o de la Asamblea de Cundinamarca no se conserven o parte de la documentación se haya perdido. Situación que evidencia las dificultades que deben sortear los historiadores, incluso para poder investigar sobre temas del tiempo presente.

La segunda parte reconstruye el momento de auge del movimiento agrario del Sumapaz a finales del decenio de 1920 e inicios del siguiente. Aunque esta temática ya había sido trabajada antes por otros historiadores, Londoño enfatiza en el liderazgo de Erasmo Valencia entre colonos y arrendatarios de la región. Gracias a la consulta de gran cantidad de memoriales y pleitos judiciales de algunas haciendas, logra mostrar la iniciativa política de los campesinos para ser reconocidos como colonos o modificar el régimen de hacienda (arrendamientos).

La tercera parte analiza el impacto de la Revolución en Marcha en el movimiento agrario, el liderazgo de

Gaitán en la región hasta 1947 y el ingreso de Varela a la política electoral como diputado en 1945. La obra ratifica la hipótesis según la cual la política de López en materia agraria, en particular la Ley de Tierras de 1936, logró desactivar en forma temporal la movilización campesina. Sin embargo, queda la pregunta de hasta qué punto la lógica electoral desplaza y subordina a la tradición de movilización campesina. O, si esa tradición pervive de manera paralela con la estrategia de participación de los agrarios en la política, cómo podría inferirse a partir de la lectura del capítulo 16, donde se estudia el paso de la resistencia civil a la resistencia armada entre 1948 y 1953.

En parte, la dificultad para seguir la pista a estas hipótesis radica en que cada vez más el eje del análisis se desplaza hacia las pugnas partidistas por el control político-electoral del Sumapaz (con sus variantes cundinamarquesa y tolimense). Tal vez, esto no es producto de la casualidad, sino resultado de la hipótesis que quiere desarrollar la autora en la cuarta parte del trabajo, para quien la violencia en la región, hasta el Frente Nacional, se puede explicar a partir de las estrategias desplegadas por diferentes facciones partidistas para hacerse al control político y territorial. Dicho argumento está sólidamente documentado con estadísticas electorales y fuentes oficiales, además de prensa y testimonios de actores campesinos y políticos recogidos por diferentes autores, lo que constituye un aporte al largo debate historiográfico sobre las causas de la Violencia.

Esta cuarta parte reflexiona, además, sobre dos aspectos centrales para la comprensión del fenómeno del Sumapaz, como un proceso complejo y no dicotómico. Por un lado, evidencia las diferentes dinámicas que asumió la confrontación bipartidista en los ámbitos nacional y local. La autora demuestra que hasta antes de 1948 no había un claro patrón de confrontación violenta entre liberales y conservadores y que esta comenzó a vasta escala a partir de 1949 mediante los intentos violentos de conservatizar la región, caracterizada hasta ese momento por ser de mayoría liberal. A partir de

un análisis muy minucioso, la autora confirma que la Violencia no se reducía a una estructura retórica o un combate simbólico con el enemigo, sino que había un objetivo claro de control de la tierra mediante el desplazamiento o la venta forzada.

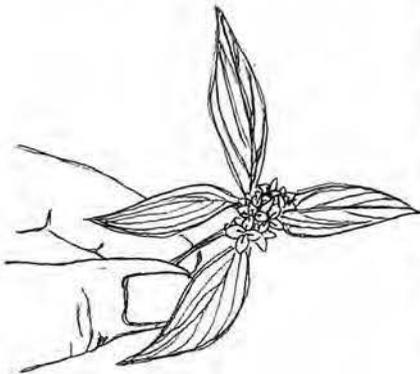
Por otro lado, Londoño incluye como clave explicativa de la pervivencia de la violencia contra los campesinos de la región, el anticomunismo compartido por todos los gobiernos hasta el decenio de 1970, incluyendo la dictadura de Rojas Pinilla. Incluso la autora muestra cómo la existencia de un sector intransigentemente anticomunista en el MRL, contribuye al declive de este movimiento político en el que participó Juan de la Cruz Varela. El estigma comunista que pesaba sobre este personaje y sobre los campesinos del Sumapaz en general alentó y sirvió como justificación para la violencia ejercida desde instancias gubernamentales y caudillos políticos locales, pese a que los campesinos del alto Sumapaz se mostraron por lo general dispuestos a la negociación con el Gobierno.



En esta misma línea, es interesante preguntarse por la posición ideológica de Juan de la Cruz. Según la autora, Varela ingresó al Partido Comunista en 1952 ante el "abandono" de los líderes liberales a los campesinos del Sumapaz y siguió siendo militante comunista el resto de su vida. No obstante, en sus actuaciones políticas en los decenios de 1960 y 1970 a menudo se presentaba como liberal agrario y fue candidato a cargos populares en listas liberales. ¿Qué tanto de táctica política y qué tanto de convicción ideológica había en estas posiciones?

¿Cómo convergían estas dos ideologías en el ideario político de Juan de la Cruz? ¿Cuáles eran los principales fundamentos de su identidad comunista, que no le permitieron abandonar este partido, cuando hubiera sido más fácil para su carrera política pasarse al liberalismo? ¿Por qué un sector del liberalismo obstruía por todos los medios las alianzas con la izquierda? Estas preguntas no se plantean para hacer un juicio sobre los aciertos y ambigüedades de Varela, sino porque creemos que podrían ser útiles para analizar la compleja relación existente entre la izquierda y el liberalismo en el siglo XX.

Además de la riqueza analítica de la obra, los apéndices y anexos incluidos en el CD que acompaña al libro constituyen un aporte valioso para los estudiosos del tema. Esta información da cuenta de la adjudicación de baldíos en el Sumapaz hasta 1931, la evolución de algunos indicadores demográficos en la región y estadísticas sobre criminalidad y elecciones. Solo se echa de menos el "Relato autobiográfico de Juan de la Cruz Varela" elaborado por la autora a partir de las entrevistas hechas a Varela entre julio y octubre de 1984. Como mencionamos antes, este documento es una pieza clave del trabajo y con seguridad puede aportar a futuras investigaciones.



En un contexto donde se premia cada vez más la rapidez y la productividad en la investigación —entendida esta última como el número de artículos escritos por un autor en un lapso de tiempo—, este trabajo puede verse como una reivindicación de los proyectos de largo aliento. También nos recuerda, una vez más, que la in-

vestigación histórica se debe a las fuentes y es labor del historiador interrogarlas, hasta descubrir un Menocchio en el Sumapaz, o saber interpretar lo que callan.

Luz Ángela Núñez Espinel

Un retrato ameno de Cartagena de Indias

Tres siglos de historia demográfica de Cartagena de Indias

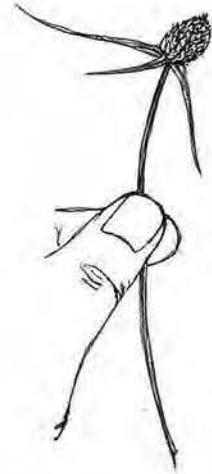
MARÍA AGUILERA DÍAZ

Y ADOLFO MEISEL ROCA

Banco de la República, Cartagena,
Colección de Economía Regional,
2009, 146 págs., il.

ESTE LIBRO es más que una historia demográfica, pues basándose en tres censos y un conocimiento notable de la historia local, los autores hacen un retrato ameno e interesante de Cartagena de Indias. Los datos muestran una ciudad próspera en el siglo XVIII, pero con una base económica dependiente de tres factores incompatibles con la libertad: un aparato militar y un sector de la construcción de defensas necesario para la geopolítica del Imperio español, y la existencia de un monopolio ineficiente de comercio con España y la trata de esclavos. La ciudad lidera la independencia, pero esta mina sus bases económicas: el empleo militar y el generado por la construcción militar. El sitio de Murillo durante 108 días también tuvo un efecto devastador, que según los autores, llevó a la tumba a unos dos mil cartageneros y a una emigración de muchos más.

La combinación de esos eventos se refleja en una caída en la población de 13.690 habitantes en 1777 a 8.063 en 1871, época en que el resto de la Nueva Granada tuvo altas tasas de crecimiento demográfico. Con la presidencia de Rafael Núñez se reversó esta declinación. En el capítulo sobre el censo de 1777 se compara la población de la provincia con 118.378 habitantes con una población de 13.690 en Cartagena de Indias, lo cual muestra la baja urbanización de la época. El cuadro



siguiente muestra la tendencia demográfica de la ciudad.

Población de Cartagena

1777	13.690
1835	11.929
1843	10.145
1851	9.896
1871	8.603
1881	9.491
1905	9.681

La población era étnicamente mezclada. Un 13 % de blancos en la provincia y 29,5 % en la ciudad. En el campo había una menor proporción de esclavos (8,1 %) con relación al 18,9 % en la ciudad. La población de indígenas no llegaba al 1 %. La mayoría de la población era calificada como libres de todos los colores, una categoría residual que incluía aquellos que no eran blancos, indígenas o esclavos. En este grupo había una estricta jerarquía étnica muy sorprendente para un lector del siglo XXI. Los autores citan a los viajeros Jorge y Juan Antonio Ulloa que a mitad del siglo XVIII describían esta población mayoritaria de manera que paso a resumir.

1. Blanco con negro = mulato
2. Blanco con mulato = Tercerón
3. Blanco con tercerón = Cuarterón
4. Blanco con cuarterón = Quinterón
5. Blanco con quinterón = español (y se consideraba fuera de toda raza de negro).
6. Negro y sus mezclas (mulato, tercerón, cuarterón, quinterón) con indio daba zambo de negro, de mulato, de tercerón, de cuarterón y de quinterón.